

# Los católicos y la lucha política ante la Guerra Civil

Fiel a su intento de analizar las relaciones entre el catolicismo y el período de la República y la Guerra Civil española (1931-36), el autor da un nuevo paso en este artículo. En el panorama de la cuestión religiosa y su proyección política aparece el papel del Gobierno, del Vaticano, de la jerarquía y de los diversos grupos católicos. Las estrategias eclesiástico-episcopales se subdividen en la integrista-conservadora y la nacionalcatólica, entreveradas con la presencia de «Acción Española» y las estrategias populista de la CEDA y la de los católicos nacionalistas y republicanos.

Josep M. Margenat, S.I.\*

\* Historiador. Profesor de la Escuela de Magisterio «Sagrada Familia», Úbeda (Universidad de Jaén).

EN un anterior comentario me he referido al nacionalcatolicismo (1) en su relación siempre problemática con la modernización de España. Mis reservas ante el interesante libro de A. Botti (2) se pueden concretar por medio del estudio analítico de cada una de las estrategias católicas a lo largo de los cinco años de la Segunda República, puestas en relación con los entramados regionales —haría falta hacerlo también con los locales—, los intereses económicos y los culturales. Para muchos historiadores no es tan obvio el uso ideológico del catolicismo como legitimador de cierto proceso de apropiación capitalista y de modernización productiva sin cambios ideológicos. Creo que el «cielo y dinero» no se han dado tan estrechamente la mano en la España contemporánea, o quizá así haya ocurrido en el caso reciente y episódico del poder acumulado y ejercido por los tecnócratas confesionales vinculados al Opus Dei, pero este último capítulo del libro comentado, aunque tenga antecedentes tan interesantes como el pensamiento de Ramiro de Maeztu sobre «sentido reverencial del dinero» (3), no puede desfigurar la visión de conjunto. Me limito al estudio del NC en el conjunto de la actuación del factor católico en los años 30, y especialmente en la guerra civil, para mostrar este enfoque complementario al método de Botti.

Sólo el curso de la guerra de España y el comienzo de la mundial (y los desenlaces de ambas) harán que el NC —hasta entonces solamente una entre varias estrategias del factor católico— desempeñe temporalmente un papel central en la gobernación de la España contemporánea y, por ello, en la articulación, marginación, satelización o represión de otras estrategias católicas. Entre junio y noviembre de 1933 se habían configurado en el catolicismo español hasta cinco estrategias de relación con la sociedad, y sólo la guerra significará la hegemonía del NC como aglutinante de la estrategia integrista y la episcopal mayoritaria.

En junio de 1933 confluyen diferentes hechos de gran relieve: sanción presidencial de la Ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas; documento colectivo del Episcopado español y encíclica *Dilectissima nobis* sobre dicha ley; entrada de Gomà como arzobispo de Toledo; salida

(1) «Nacionalcatolicismo y modernización de España»: *RAZÓN Y FE*, 228 (1993) 461-466. A partir de ahora utilizaré la abreviatura NC para referirme al nacionalcatolicismo.

(2) Botti, A.: *Nazionalcattolicesimo e Spagna nuova (1881-1975)*, Franco Angeli, Milano, 1992, 194; ed. castellana *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Alianza, Madrid, 1992, 182.

(3) Uno de los apartados más originales y logrados del libro, pp. 57-71.

del Partido Radical de A. Lerroux del Gobierno Azaña, pasando a la oposición. Los intentos de la derecha y las presiones de la jerarquía para conseguir el veto presidencial (Alcalá-Zamora) a la sanción de la Ley se habían desvanecido el 2 de junio. Parece evidente que la oposición a la Ley sirvió de aglutinante para un nuevo bloque conservador de todas las fuerzas nacidas extramuros de la República, junto con aquellas otras que apostaban por una República conservadora. El triunfo del Estado corporativo en Austria, con el canciller Engelbert Dollfuss (septiembre de 1933) iba a dotar de verosimilitud histórica a un proyecto de «cordón sanitario» de Estados corporativos católicos para proteger a Europa del comunismo bolchevique y del nazismo pagano, pero también para alejarse e inmunizarse ante unas democracias parlamentarias tenidas, y muchas veces no sin razón, por débiles ante ambos totalitarismos y en sí mismas ante los verdaderos valores humanizadores.

Este momento coincide también con el endurecimiento de la posición vaticana en relación con la República. El hecho de que la encíclica *Dilectissima nobis* equipare a España con México como países en los que la Iglesia católica, a pesar de ser mayoritaria y popular, es perseguida, y el posterior fracaso del «modus vivendi» negociado por Pita Romero con el Vaticano, supondrá la definitiva entrada en vía muerta de la posición que defendía el cardenal Pacelli desde la Secretaría de Estado, y llevaban a cabo en España el nuncio Tedeschini y los cardenales Vidal e Ilundain, al frente de la Conferencia de Metropolitanos. Vidal quedará desplazado por Gomà, cuando éste sea creado cardenal (diciembre de 1935) y pase a presidir la Conferencia de Metropolitanos y la Acción Católica.

Desde abril de 1931 se había establecido una línea de colaboración entre Secretaría de Estado y el nuncio, con el «Ufficio Presidenza» de la Iglesia española (nuncio y cardenales de Tarragona y Sevilla). La búsqueda de un espacio de convivencia y de una presencia militante —ante un poder laico mayoritariamente hostil y en una sociedad desecristianizada— un proyecto pastoral de evangelización, promoción del laicado, trabajo interior en la formación cultural del clero, y presencia activa de la Iglesia en la misma sociedad civil por medio de la Acción Católica, son los ejes de este proyecto, paulatina y parcialmente realizados en la Iglesia catalana bajo la dirección colegiada de Vidal i Barraquer y los siete sufragáneos de la Tarraconense. La aprobación de la Ley, en términos tan inaceptables, por lo menos en su letra y en la praxis que hubiese desarrollado un gobierno de izquierdas, supuso la derrota del «ralliement» de la Iglesia cató-

lica con la República española, y el endurecimiento de las posiciones de ambas instituciones.

El ascenso de Gomà coincidió con la tramitación de la Ley. Ése es el momento en que el NC ocupa cotas significativas de poder en la Iglesia española. Gomà fue nombrado Arzobispo Primado de Toledo el 12 de abril, cuando en el Congreso ya se había discutido el dictamen de la Ley en su totalidad, y fue anunciado arzobispo de Toledo por bula de 1 de junio de 1933, un día antes de la sanción presidencial de la Ley. Habiendo entrado en Toledo el 2 de julio, el 12 publicaba su pastoral *Horas graves*, verdadero programa de gobierno diocesano. Con ello el Papa daba vuelo a la estrategia integrista para la Iglesia española, frente al posibilismo de Vidal, pero le daba un vuelo corto, pues Vidal seguiría presidiendo la conferencia de Metropolitanos (4). La elevación al cardenalato de Gomà supondrá, sin embargo, la definitiva sanción de la política integrista, contraria, por otra parte, al método colegial que siempre había impulsado el Cardenal Primado de Tarragona. Por fin, noviembre de 1933 es el mes de las elecciones a Cortes (19 de noviembre) en que ganan las derechas, sin mayoría parlamentaria suficiente para reformar la Constitución, o incluso para transformar la República. Probablemente sea éste el punto de inflexión que da plausibilidad al proyecto NC entre la derecha.

En el catolicismo español de la República podríamos destacar dos estrategias eclesiástico-jerárquicas (la posibilista de «ralliement» de la Iglesia con la República, y la integrista-conservadora) y tres subestrategias político-laicales (nacional-católica, populista, republicano-nacionalista). Fuera de estas categorías quedarían algunos católicos aislados, moderados y católico-liberales.

### Las estrategias eclesiástico-jerárquicas

LA historia de las relaciones entre la Santa Sede y la República es fiel reflejo de la prevalencia de una u otra estrategia. Ambas respondían al proyecto histórico de Pío XI: el reinado efectivo de Cristo en la sociedad para su recristianización. Los medios, esencialmente, eran, por un lado, el influjo en el poder estatal, por la

(4) Batllori, M.-Arbeloa, V. M.: «La Iglesia», en Ruiz Manjón-Cabeza, Octavio (coord.), *Historia general de España y América, t. XVII, La Segunda República y la guerra*, Rialp, Madrid, 1986, 192.

acción diplomática y jerárquica, y la actuación capilar de la Acción Católica y el apostolado del clero, por el otro. Un informe de Vidal a la Secretaría de Estado dibuja con claridad ambas estrategias. Se trata de un texto inmediatamente posterior a las elecciones de 19 de noviembre de 1933, verdadero momento clave en la evolución de las expectativas mentales y políticas de las derechas católicas ante la República. Dicho informe es uno de los más clarividentes análisis sobre el catolicismo español anterior a la guerra (5).

Este extenso y objetivo análisis de Vidal i Barraquer expresa con nitidez el juego de las dos «estrategias eclesiástico-episcopales» centrales. En la que representaba la línea Tedeschini-Vidal-Ilundain pueden situarse algunos prelados de diócesis catalanas y vascos (Ilundain, en Sevilla, Olaechea en Pamplona, Gandásegui en Valladolid...), así como alguno de los más destacados obispos sociales. El episcopado nombrado por la monarquía parlamentaria hasta 1923 tenía mayor preparación intelectual y talento más liberal que los obispos promovidos en tiempos de Primo de Rivera y de la República, muchos de ellos salidos de las filas del catolicismo integrista (6).

### La estrategia episcopal integrista-conservadora

En el grupo de los obispos integristas se encontraba el antiguo canónigo de Tarragona, doctor Gomà, líder indiscutible, a partir de 1935-36, de la mayoría del episcopado español y, junto a él, los obispos de Madrid (Eijo Garay), Girona (Cartañà), Burgos (Castro), Barcelona (Irurita), Santiago de Compostela (Muñiz), y la inmensa mayoría de obispos nombrados de 1923 a 1936. Bajo la dictadura, varios eclesiásticos claramente integristas accedieron al episcopado o cambiaron

(5) Batllori, M. i Arbeloa, V. M. (eds.): *Església i Estat durant la Segona República Espanyola (1931-1936)*, Montserrat (Catalúnya) 1986, AVB IV/1, 167-168.

(6) Cfr. Cárcel Ortí, Vicente: «La Iglesia en la II República y en la Guerra Civil (1931-1939)», en García Villoslada, Ricardo: *Historia de la Iglesia en España*. V: La Iglesia en la España contemporánea (1808-1975), BAC, Madrid, 1979, 345-347, Riquer i Suñer, Hilari: «La Iglesia durante la República», en *España. Nuestro siglo*, Plaza & Janès, Barcelona, 1987, 268-291, y Batllori i Munné, Miquel-Arbeloa Muru, Victor Manuel: «La Iglesia», en Ruiz Manjón-Cabeza, Octavio (coord.), *Historia general de España y América*. XVII: La Segunda República y la guerra, Rialp, Madrid, 1986, 175-205.

de sedes secundarias a otras importantes. Hasta 1923 la monarquía constitucional había elegido siempre como obispos a sacerdotes dinásticos, pero nunca carlistas o integristas, que eran la mayoría en el clero. En un anónimo «informe confidencial» que se elaboró por los ambientes de la extrema derecha católica en Roma en el año 1934, se denuncia la falta de una compenetración estrecha en el episcopado. «La desventura ha querido que la más relevante participación episcopal en la obra de don Ángel Herrera ha correspondido al señor cardenal de Tarragona, dignísimo prelado, pero desgraciadamente tildado de separatista y de excesivamente político en toda España», mientras ha quedado en «olvido y oscuridad» el arzobispo de Toledo, «prelado sabio y virtuoso, sin una sola nota de precedentes políticos de ninguna clase» y llamado, «por el lugar que ocupa, a ser un elemento de unión religiosa de todos los católicos españoles» (7).

En dicho informe, redactado por persona afín a las ideas de Vegas Latapié (8), se realizaba una lectura «nacional-católica» de la pastoral *Horas graves* del Primado de Toledo, al afirmar que la falta de una piedad sólida y la ausencia de una conciencia católica formada, la desidia y la cobardía, denunciadas por Gomà como causas internas de la grave situación, se debían a la «tibieza» de la «fe en España» y a la falta del «patriotismo sólido». Las consecuencias que deduce el informe, contrario a la política moderada de Vidal i Barraquer y del nuncio Tedeschini, son opuestas a la negociación del «modus vivendi» entre la República y el Vaticano, y a las mismas derechas moderadas católicas. Pues estas derechas son las que así sostienen a la República, en lugar de aceptar la realidad española, que, según el informe, se divide entre «una voluntad revolucionaria y una voluntad antirrevolucionaria, una voluntad anticatólica y una voluntad católica, una voluntad unitaria y una voluntad disgregadora», una realidad en que «la política de transacción» (Ángel Herrera, *El Debate*) sólo es concebible a partir de una errónea valoración de los hechos.

### La estrategia nacionalcatólica

JUNTO a estas dos estrategias eclesíásticas centrales que coexisten con diversa fortuna durante toda la guerra,

(7) Cfr. Batllori, M.-Arbeloa, V. M., art. cit. 197, y el texto completo del informe en AVB IV/1, 446-458.

(8) AVB IV/1, 458, n. 23.

encontramos otras dos estrategias subalternas. La que va a definir el movimiento integrista «Acción Española», base de desarrollo del NC. «Acción Española», nacida en diciembre de 1931, como movimiento e instancia de reflexión más significativa de la extrema derecha, se caracteriza por el monarquismo a ultranza y el catolicismo tradicional y militante. Para «Acción Española» el integristismo católico les lleva a identificar la tradición católica con la tradición nacional. Ello supondrá una revalorización intelectual y relanzamiento del tradicionalismo cultural; la elaboración de un sistema religioso-político, en que crece el mito de la Hispanidad, en un contexto mesiánico católico-imperial; y el deslizamiento progresivo de este tradicionalismo católico al NC fascista, que servirá para la destrucción contrarrevolucionaria de la democracia y el surgimiento de un Nuevo Estado. En esta elaboración intelectual Gomà comparte con fray Zacarías de Vizcarra y Ramiro de Maeztu la paternidad del mito de la Hispanidad (9). Entre esta posición ideológica de la extrema derecha católica y la jerarquía integrista existe un «continuum» que resulta bastante evidente en los años de la República y en la misma guerra.

La guerra civil supondrá la emergencia plena de esa estrategia en el papel legitimador que el factor católico adquiere para la «durée» de la acción bélica. Será pues la coyuntura de la guerra la que haga aflorar en la jerarquía aquellos contenidos que estaban reprimidos en la República y eran más afines a lo que representaba «Acción Española». El integristismo de «Acción Española» adquirió un papel decisivo en la formulación de lo que ha venido a conocerse como NC, al que quedó subordinada, en buena medida, toda la actuación de la jerarquía integrista.

En el verano de 1937 comienza propiamente el funcionamiento del factor católico en la construcción de un régimen NC, una vez que está lograda la adhesión implícita —y, en muchos casos, explícita— de las masas católicas, que ha sido el centro de actuación del factor católico en el período anterior. En todo ese tiempo, pero sobre todo después del verano de 1937, la estrategia de «Acción Española» dará consistencia ideológica al NC, que si bien no derivará a posiciones fascisto-católicas, ni a una instrumentalización político-nacional de la religión, como en el referente francés de la «Action Française» (Maurras), tampoco se encuadrará del todo en el integristismo clerical-fascista de un sector de la jerarquía episcopal, gozando siempre de cierta autonomía.

(9) Cfr. Morodo Leoncio, Raúl: *Acción Española. Orígenes ideológicos del franquismo*. Tucur, Madrid, 1980, 410.

El esfuerzo de la jerarquía, en especial de hombres como Gomà o como Plà i Deniel consistirá en no ser desbordados por la derecha, manteniendo ellos la hegemonía en la formulación del consenso católico. Es llamativo, sin embargo, que algunos obispos acusados de poco simpatizantes escriban algunos de los textos más contundentes de legitimación teológico-política de la sublevación. El vasco Echeguren (considerado por muchos «nacionalista») escribe una brillante carta pastoral, *Hagamos todos una España de veras cristiana y volverá a ser grande. I: Así lo exige y lo prueba nuestra historia religiosa y patria*, y el «afrancesado» Ballester escribe una carta sobre la guerra, *Exhortación sacerdotal*, que será elogiada por el Ministerio de Asuntos Exteriores (10).

Conscientemente, el Primado jugará un papel central desde su posición directriz institucional, para reorientar eclesialmente el contenido de la construcción del consenso católico, no ser desplazado por la estrategia subalterna de «Acción Española», y reconducir eclesial y jerárquicamente el proceso hacia posiciones que no puedan degenerar en su instrumentalización política: lo mismo que la jerarquía francesa y Pío XI habían denunciado en la «Action Française», y lo que representarán en esos años en el Reich germánico, aunque extramuros de la Iglesia católica, los «Deutsche Christen» y la «Volkskirche».

Los ejes de este pensamiento NC se formulan como la teología política dominante en nuestra guerra civil y podrían sintetizarse en los siguientes elementos: la patria católica española es la mediación connatural de la relación del pueblo con Dios. En la teología política del NC la patria llega a ocupar el lugar teológico y social propio de la Iglesia como mediación para la relación con Dios, como medio histórico y comunitario. A su vez, la patria no lo es más que en la medida en que es católica. Así fue en la nebulosa Edad Media europea, pero mientras en Europa moderna no permanece esta identidad connatural, España no puede ser comprendida sin este recurso. Esto exigirá en el magisterio episcopal del primer año de guerra la alusión permanente al particularismo hispano de la guerra, aunque sin perder la referencia al aspecto universal, católico, que se ventila en la misma. En España como teatro, en el mundo como espectáculo, la guerra es enfrentamiento entre dos órdenes de civilización.

(10) Cf. *Boletín del Obispado de León* (5-IX-1938), 305-363. En el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, Madrid (AMAE) R 3458 E 23 se halla el documento oficial que elogia la pastoral de Ballester.

En esta autocomprensión NC, lo nacional no es concebible al margen de lo católico, y por otra parte lo auténticamente nacional es la trama congenial de lo católico. Sólo lo católico expresa lo total de la patria, lo no católico es español, pero lo es menos. La patria queda drásticamente reducida a la hispanidad católica, que es criterio último para discernir lo hispano verdadero. De ahí surge el mensaje de las dos Españas: una es auténtica, otra es la anti-España. Para Ramiro de Maeztu, la eficacia y la originalidad de la acción civilizadora de España depende de la penetración de los poderes espiritual y temporal (11), y para el cardenal Gomà, catolicismo y patria están consustanciados en la historia de España, y sería suicida para la patria declarar el divorcio entre ambos, pues ocurre que si España no fuese católica rompería con su pasado, pero entonces desaparecería el vigor y la identidad espiritual de la raza (12).

Las dos Españas en guerra realizan un plebiscito armado, lucha cruenta de un pueblo partido en dos tendencias, la *espiritual*, que, por medio de los sublevados, salió a la defensa del orden, la paz social, la civilización y, en una gran mayoría, la religión, y la tendencia *materialista*, que quiso sustituir la vieja civilización hispánica por la civilización de los soviets rusos. Éste es también el pensamiento central expresado en la Carta colectiva del Episcopado. Según el analista de la misma, Pedro Castón, el tema central de la carta es el orden social, y la restauración católica de la «nueva» nación española. Dios debe fundarla y darle forma, porque nos encontramos en una sociedad, la española, donde la religión católica es la única inspiradora de todos los ámbitos sociales. Estamos ante un proceso de nacionalización del factor católico para sacar del caos a la nación. Los fenómenos NC han surgido en la Iglesia en diversos momentos, pero siempre con una característica común: nacen para frenar un proceso de laicización, o bien, más frecuentemente, para impedir su desarrollo, constituyéndose en centro de la unidad nacional, como en los casos de Irlanda, el Canadá francés, Polonia, y en el propio caso español. El NC español fue el intento articulado por «Acción Española» y por el clero y episcopado integristas para resistir a la laicización social iniciada en los años primeros del siglo y reforzada en la Segunda República a

(11) Maeztu, Ramiro de: *Defensa de la Hispanidad*. Madrid, 1934, 119. Esta y otras referencias las tomo de Urbina de la Quintana, Fernando: «Formas de vida de la Iglesia en España», en Urbina, F. (ed.) y otros, *Iglesia y sociedad en España 1939-1975*. Popular, Madrid, 1977, 85-120, especialmente 86-106.

(12) Gomà i Tomàs, I.: *Por Dios y por España*, Barcelona, 1940, 222, 440-441.

partir de 1931 (13). Este proyecto NC tiene una fuerte componente mesiánica, que encontraremos en textos esenciales del episcopado en la guerra: «Más que pueblo alguno de la tierra ha sido España creada, como Israel en otros tiempos, “creans Israel”, por la mano amorosa de Dios, “que quiso hacer de ella un pueblo para sí”» (14), en palabras de Gomà. Citando a Menéndez Pelayo, dice Echeguren: «España era o se creía el Pueblo de Dios y cada español, cual otro Josué, sentía fe y aliento bastante para derrocar los muros al son de las trompetas o para atajar al sol en su carrera (...) nunca desde los tiempos de Judas Macabeo, hubo un pueblo que con tanta razón pudiera creerse “el pueblo escogido para ser la espada y el brazo de Dios”» (15).

Otro elemento es el que Álvarez Bolado ha llamado «la antimodernidad de la teología política del nacional-catolicismo», pues «esta antimodernidad es un resultado de la interdependencia entre estos dos sectores, nacional y católico, en la específica reducción que ambos sufren en la síntesis NC» (16). Esta reducción hace volver a un paradigma de la historia de España, «figurada» en la Edad de Oro, que se convierte en el ideal normativo. El modelo donde se sitúa el «topos» de los ideales y valores político-religiosos reside en los siglos XVI y XVII, con los Reyes Católicos, Felipe II y la conquista de América. Como transfondos, la cristiandad medieval, y el Imperio romano y los imperios medievales, y su resurrección actual, el fascismo italiano de Mussolini.

(13) Cfr. Castón Boyer, Pedro: *Lenguaje e ideología del nacional-catolicismo*, Facultad de Teología, Granada, 1985, 62-63; del mismo autor, *Langage et idéologie du national-catholicisme espagnol. Analyse sociolinguistique de la lettre collective de l'épiscopat espagnol aux évêques du monde entier à propos de la guerre d'Espagne (1.<sup>er</sup> juillet, 1937)*, tesis doctoral de Estado, inédita, en la Éhess (París), bajo la dirección de È. Poulat, París, 1984, 2 ts., 1098. Si bien es verdad que hay textos episcopales más llamativamente NC que la Carta colectiva, no estoy de acuerdo con Botti (pp. 93-94 y 171) en que la Carta de 1937 no sea el resultado final de la elaboración del consenso católico en favor de Franco en clave NC, como he analizado en *El factor católico en la construcción del consenso del nuevo Estado franquista (1936-1937)*, ed. Universidad Complutense, Madrid, 1991, 395-422.

(14) Gomà Tomás, Isidro: *Lecciones de la guerra y deberes de la paz*, cfr. Granados, 396.

(15) Echeguren y Aldama, Justo Antonio de: Carta pastoral «Hagamos todos una España de veras cristiana y volverá a ser de veras grande (I: Así lo exige y lo prueba nuestra historia religiosa y patria)»: *Boletín oficial eclesiástico del Obispado de Oviedo*, n. 4 (5-III-37), 23.

(16) Cfr. Álvarez Bolado, Alfonso: *El experimento del nacional-catolicismo (1939-1975)*, Ed. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1976, 199. Cfr. el ensayo «Teología política en España. Entre el nacional-catolicismo y el neogalicianismo», pp. 193-242.

Este ideal normativo es ahistórico, y radicalmente contrario al mundo moderno (protestantismo, Ilustración, socialismo). Las grandes consecuencias de la modernidad no han llegado a ser asimiladas en la cultura española y, menos aún, confrontadas en una crítica abierta y responsable. Los que lo intentaron forman parte de la larga cohorte de los «heterodoxos» historiados por Menéndez Pelayo. La teología política del NC, al mismo tiempo que vive en una radical reinstalación nostálgica en el medio ahistórico, vive también en una lógica cerrada a todo progreso. La modernidad es, por esencia, antiespañola y anticatólica. Cabe un proceso de «modernización», es decir, de rescate de los resultados científicos, económicos y tecnológicos de la modernidad, pero separados de su matriz cultural-ideológica. Esto es lo típico del NC: «patrocinar un proceso de modernización separado del espíritu crítico» de la modernidad, en cuanto éste actúa contra lo tradicional (17).

Este proyecto de modernización «versus» modernidad, esta radical antimodernidad del NC era el eje del pensamiento de la estrategia integrista NC en que confluye la estrategia central episcopal y la subalterna de Acción Española. La primera dará forma, situará eclesialmente y dará valencia política a los contenidos más explícitos de la segunda. El gran proyecto NC estriba en modernizar el país, manteniendo su carácter diferente, único, homogéneo como cultura católica y nacional. Esto es lo que un sociólogo de la religión, Peter Berger, ha llamado intento de «reconquista tradicionalista» (18), o lo que el historiador francés E. Poulat ha descrito en *Église contre bourgeoisie*, como el afrontamiento antimoderno de la Iglesia.

La guerra, pero antes la rebeldía, el alzamiento, se presentan como el «kairós», la ocasión propicia para la reconquista social. Dios ha querido la guerra para recuperar a la sociedad española, para que ésta reaccionase y se convirtiese a su soberanía última. La «teología de reconquista» implica cierto imperialismo ideológico, pues abraza en sí la pretensión de un modelo de universalidad. Este modelo vendría definido por un esquema muy simple, la dialéctica del NC que opone continuamente un antimodelo. El modelo de la «Cristiandad» —representado por la Edad Media, y repropuesto en el siglo de oro barroco— se afirma como valor absoluto e

(17) Álvarez Bolado, A.: *Op. cit.*, 201.

(18) Berger, P.: *Para una teoría sociológica de la religión*. Barcelona, 1971, 189-190.

ideal, y niega todo valor a la modernidad desde su inicio renacentista hasta su plena expansión industrial (siglo XIX).

En esta estrategia episcopal integrista y en la estrategia subalterna de «Acción Española» podríamos englobar a todos los demás sectores de la derecha católica, con excepción de Acción Popular y de los nacionalistas vascos y catalanes. Son aquellos sectores que a lo largo de la guerra afirmarán repetidas veces el eslogan «católicos sí, vaticanistas no», lo que motivará la fuerte campaña episcopal de febrero de 1938 con ocasión del día del Papa, en defensa de la política vaticana y del prestigio de la Santa Sede. Esta posición de la derecha católica era netamente contraria a la participación del Vaticano en la política española.

### La estrategia populista

EN la derecha católica «vaticanista», José R. Montero Gibert destaca a la CEDA como articulación ideológica de la contrarrevolución. Si para un sector de la jerarquía y de los católicos, el único supuesto previsible era la destrucción de la democracia, para otro sector, el supuesto era el cambio dentro del mismo régimen. El cardenal Vidal y el nuncio Tedeschini abogaban por un «ralliement» de la Iglesia con la República, y en esa política contaban con un partido que aglutinaba supuestos de muy diferente naturaleza. Su accidentalismo y acatamiento de la República estaban lejos de ser una aceptación sincera y profunda. Eran un mero situarse en las reglas del juego para cambiar el juego y las mismas reglas, una vez conseguido el poder. Con la proclamación de la República, las derechas y las masas católicas se sitúan ante los nuevos acontecimientos con una actitud de miedo. La misma Iglesia tiene una psicología de aislamiento. Un miedo que es sentido con la misma intensidad con que las organizaciones obreras y republicanas dan rienda suelta a su esperanza. Miedo y esperanza, aislamiento y acoso, presencia y acción, se convierten en factores históricos de primer orden y ya no dejarán de serlo durante toda la República. La reorganización política de la derecha católica que se realiza por medio de la CEDA consigue la conjunción de las masas católicas bajo un mismo partido que canalizará las aspiraciones de cambio dentro de las estructuras formales republicanas. El impulso de este encuadramiento vendrá dado por la jerarquía eclesiástica dirigida por el Nuncio y el Primado tarraconense, decididos defensores

del «ralliement» de la Iglesia y las masas católicas con la República, pero partidarios, especialmente Vidal, de un trabajo «lento y paulatino», especialmente por medio de la Acción Católica, que será dirigida por el obispo de Tortosa, sufragáneo del cardenal, Félix Bilbao, a quien se nombrará un auxiliar, Manuel Moll, para liberarle a tiempo pleno en la Acción Católica.

La contrarrevolución formulada por la CEDA vino acompañada por un programa de reformas sociales aisladas, que daban lugar a lo que ha venido a llamarse «revolución conservadora». La realización de este programa político hubiese reforzado el plan del «cordón sanitario europeo» de países católicos con regímenes dictatoriales en Europa, como defensas ante la amenaza bolchevique. Un «cordón sanitario» cuidadosamente propiciado por la diplomacia vaticana, en especial por su política concordataria y de apoyo a la jerarquía católica, que se extendería de Lituania y Polonia, a través de la Mittel Europa (Hungria, Austria, Baviera), por la Italia fascista, hasta España y el Portugal salazarista. Era éste un rosario de naciones cuya proyección ofensiva se dirigía a la Unión Soviética, pero que no descuidaban la retarguardia que representaba la Alemania nazi.

En su inmediata vinculación, sin embargo, el proyecto cedista quedaba reducido a ser pensado desde los intereses de las élases conservadoras españolas, cuya más atrevida formulación, derivada del pensamiento católico-social, no pretendía «modificar la estructura ni la distribución de la propiedad privada de los medios de producción, ni tampoco sus fundamentos socio-laborales». En ese proyecto de «modernización» social a que me he referido antes, los sectores dominantes del partido se oponían a la política social de la minoría cristiano-demócrata, cuyo nombre más representativo es el del que fuera ministro republicano de Agricultura, Manuel Giménez Fernández (19). De hecho nos encontramos con una gran permeabilidad entre los dirigentes de la derecha reformista-populista y los líderes de la derecha conservadora católica, que compartieron cargos en organizaciones patronales y religiosas, y procedían muchos de ellos de la auténtica elite de poder de la España católica contemporánea, la Asociación Católica de Propagandistas. El fracaso electoral de noviembre de 1933 en que las derechas no lograron la mayoría suficiente para reformar la Constitución y convertir el Estado en una República conservadora,

(19) Cfr. Margenat, Josep M.: «Giménez Fernández: entre la adhesión y la oposición»: *El Cierro*, 36 (1987 mayo), 30-32.

significó el deslizamiento, por las bases, de esta estrategia reformista hacia la estrategia conservadora de «Acción Española». La organización juvenil de la CEDA, las Juventudes de Acción Popular, se anticiparon a este cambio de estrategia.

El énfasis ideológico se fue centrando cada vez más en la búsqueda de un Estado antidemocrático que unificara de nuevo los niveles políticos y económicos de dominación. Y así, la CEDA pasó sin solución de continuidad de cuestionar la idoneidad de los procedimientos democráticos a negarlos explícita y radicalmente. La organización que se proponía como alternativa llevaba por nombre el del Estado corporativo. La ideología corporativista significó el intento de la burguesía atemorizada de sustituir el funcionamiento de una sociedad sin clases por el de una sociedad sin lucha de clases, una sociedad armónica en que los conflictos sociolaborales se resuelven coactivamente desde el poder. Ciertos sectores de la derecha católica mantendrán, a lo largo de estos años, alguna reserva ante los desarrollos fascistas que iban propagándose por Europa, pero la CEDA como tal organización acabó postulando un Estado autoritario de corporativismo social. En el orden económico desaparecería la lucha de clases, mediante el sometimiento de una de las clases a la disciplina impuesta por la burguesía; en el orden social, los sindicatos proletarios se integrarían de modo obligatorio en las Corporaciones, instrumentalizadas al servicio de un «bien común» definido unilateralmente; y, en el orden político, de acuerdo con la concepción jerarquicista y organicista del corporativismo, las entidades inferiores quedarían siempre sometidas a los fines generales y colectivos del Estado autoritario.

### Los católicos nacionalistas y republicanos

RESULTA del todo punto imposible presentar detenidamente esta estrategia, con carácter propio. Surge a las afueras del aparato eclesiástico, y casi me atrevería a decir que al margen completamente de sus indicaciones. En general la jerarquía española, incluido el cardenal Vidal, era monárquica y no era «nacionalista», a pesar de que la acusación más fuerte contra Vidal o Múgica sea ésa. Esta estrategia, en relación con la propia estrategia episcopal, más que subalterna podemos considerarla alternativa. Pero por otro lado no podemos generalizar, porque en este grupo conviven, junto a los católicos republicanos

(A. Ossorio Gallardo, J. Bergamin, M. Maura, J. M. Semprún Gurrea, N. Alcalá-Zamora, etc.), los nacionalistas vascos (PNV), más próximos a la jerarquía, y los católicos de la Unió Democràtica de Catalunya (Vila d'Abadal, Roca i Cavall, Serrahíma, Carrasco i Formiguera, Coll i Alentorn, Trías i Peitx, Romeva) y, en cierta medida, los de Acció Catalana Republicana (Bosch i Gimpera, Nicolau d'Olwer, Bellido i Golferichs). Existieron también algunos eclesiásticos cercanos a esas posiciones, especialmente en Catalunya, pero también en Madrid. Esta minoría intelectual y política de católicos republicanos y nacionalistas, en su mayor parte democristianos, son una pequeñísima representación de lo que en otras latitudes significaban nombres como Maritain, Mounier, Bernanos, Chesterton, Sturzo, De Gasperi, etc. La conexión con ellos es clara, así como el intento de elite católica que quiso ser la revista *Cruz y Raya* en la que colaboraron, además de Bergamín como director, varios de ellos: Maurici Serrahíma (corresponsal también de *Esprit* de Mounier, y traductor de G. K. Chesterton), Eugenio Imaz, Rafael Sánchez Mazas, Luis Rosales, E. Moreno Báez, José María Semprún Gurrea, María Zambrano, Alfonso García Valdecasas, Alfredo de Mendizábal, Manuel de Falla, Xavier Zubiri, Manuel Abril, Antonio Marichalar, José Antonio Maravall, Jacques Maritain, Emmanuel Mounier, entre otros. Mientras tanto, Luigi Sturzo, desde su exilio londinense, publicaba artículos en el diario católico de Barcelona *El Matí*. Sin que podamos hacer una identificación simplificadora de este grupo, podríamos considerar a la mayoría en la perspectiva del nuevo proyecto histórico de Maritain (20), aunque el pluralismo de este grupo fue notable, y un sector minoritario apoyó el alzamiento (Rafael Sánchez Mazas, Alfonso García Valdecasas, José Antonio Maravall, Luis Rosales).

La Carta colectiva de la mayoría del Episcopado español en julio de 1937 supuso el comienzo de la reconducción del integrismo español de «Acción Española», a los moldes del NC. La religiosidad barroca, la inversión de la legislación republicana y la lucha por la defensa de la Iglesia y de sus instituciones, frente al ascenso totalitario de Falange enmarcan el periodo siguiente (1937-1941). De hecho la Carta colectiva significa, de alguna forma, el cierre del ciclo abierto por otro documento colectivo del Episcopado español, éste firmado por todos los obispos, el también colec-

(20) Acerbi, Antonio: *La Chiesa nel tempo. Sguardi sui progetti di relazioni tra Chiesa e società civile negli ultimi cento anni*, Università Cattolica del Sacro Cuore, Milano, 1979, 94-141.

tivo de los metropolitanos españoles, sobre el acatamiento al poder constituido (9 de mayo de 1931) y los siete documentos colectivos que le siguieron. En esta larga serie de textos, el Episcopado mantiene el principio de acatamiento al poder constituido, como eje para la actuación de los católicos ante la República y como aportación clave de la Iglesia al consenso republicano. En el documento de julio de 1937 se produce la consumación del proceso de inversión de la doctrina episcopal, que se había iniciado en agosto de 1936 con los primeros textos episcopales de guerra.

A partir de la guerra, pero esto es ya otro período, el NC servirá como ideología de construcción del consenso de las masas católicas. El NC no ha ejercido apenas el poder en España, y en los años en que lo hizo significó un factor de cohesión ideológica para el retorno a la reconquista social y regeneración moral de la sociedad española, pero no representaba el factor de modernización ideológica dentro del régimen franquista. Si entendemos por factor de modernización el que conlleva la introducción de referencias no confesionales y con algún pluralismo, el NC ha estado siempre en España frente a todos los intentos católicos de modernizar la sociedad española, llámense unionismo de Pidal y Polavieja, si queremos llegar tan atrás, Acción Católica de Vidal i Barraquer y la Junta de Metropolitanos, demócratacristianos como Giménez Fernández, Carrasco i Formiguera o Lúcia, católicos-falangistas de *Escorial*, católicos conciliares como Joaquín Ruiz-Giménez y el grupo de *Cuadernos para el Diálogo*, o núcleos barceloneses de *El Ciervo*. Todos ellos han sido quizás intentos demasiado desarticulados e improbables para ser más que conciencia crítica, intelectual y eclesialmente proclamada, más para orientar el camino que para luchar por el poder, como ya ocurriera con la minoría católica de demócratas en tiempos de la República.